

y en cuanto hemos tenido una de sus obras, la hemos leído y meditado.

Contando nuestra reflexión podremos interesar a algún lector por la obra de Toller. Hinkemann es la tragedia que no muere, porque no ha salido de un mundo ligero a regocijar o a entristecer a hombres y a mujeres que viven solo el minuto que pasa. Es tragedia de todos los tiempos y

puede así penetrar lo que hay de eterno en el alma y el pensamiento humanos. Estas generaciones sentirán el dolor de Hinkemann, como lo sentirán también las que en lo porvenir reflexionen en él con ánimo comprensivo. Toller hizo brotar de su genio creador la obra de perennidad inmarcesible.

Juan del Camino

Hágase de *Hinkemann*, por Ernest Toller. Precio ₡ 3.50. Con el ADR. del Rep. Am.

Cartago y noviembre del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Un nuevo autor costarricense: Guillermo Ortiz Sequeira. *Leda* se llama la novela que acaba de remitirnos. Imp. Ujueta. San José, Costa Rica. 1931.

Cortesía de los autores:

Juan Carlos Sabat Pebet: *Rodó en la cátedra*. Publicación de la Asociación «José E. Rodó». Montevideo. 1931.

Dr. Diego Carbonell (188, Rue de la Victoire. Bruxelles): *1830*, Editorial «Le Livre Libre». Paris. 1931.

Jesús Castro (México): *Mirra de primavera*. Versos. 1931.

Dos libros de la Editorial CENIT, de Madrid:

El trabajo rojo. El nuevo obrero de la Unión Soviética, por varios autores.

En la serie «Documentos vivos».

Sinclair Lewis: *Calle Mayor*. Historia de Carol Kennicott. Traducida del inglés por Carlos de Onis.

En la serie «Novelistas nuevos».

Nuestro amigo Don Antonio Médiz Bolio nos ha entregado, por encargo del autor, esta obra meritoria: *Un siglo de poesías belga*. Por Francisco Castillo Nájera. M. Aguilar, Editor, Madrid.

Historia, Notas críticas, biográficas y bibliográficas.

Traducciones.

Prólogo de Juan José Tablada.

Margarita del Campo: *La sombra del hijo*. Poemas en prensa. 2da. edición. Buenos Aires.

Con la autora: Burzaco. F. C. S. Rep. Argentina.

Hugo L. Ricardini: *Ladrillos rojos* (Estampones). Carátula y dibujos de Sgarbi. «Impresora Uruguaya». Montevideo 1931.

Con el autor: Juan Paublier 1027 Montevideo. R. O. Uruguay.

Angel S. Caballero Martín: *La Universidad en Santa Fe*. Prólogo de Jesús Gallán h. Santa Fe. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

...Los juguetes rústicos que divertían a la influencia de cuatro manos infantiles, que alegraban dos corazones, quedaron trágicamente sobre las dos solas manos mías y por eso los aborrecí de corazón. Sin juguetes, sin compañero de juego, fui un niño sin alegría. Me veía el sol desde el ocaso, diariamente, monologando triste al abrigo de un árbol de aguacaté, en el fondo del solar.

Después, Dios continuó bañando de su misericordia mi casa: mamá se fué consolando y yo mismo, hice paz con los juguetes. Pero vino la revolución de Tinoco y apartó de nuestra casa, por largo tiempo, a mi papá. Esperancita estaba recién nacida. Busqué los juguetes porque estaba triste; ahora tenía que buscar la tortilla y los frijoles, porque sentía hambre...

Supe entonces lo que duele pedirle comida a la mamá y oír la contestar entre sollozos: «Hijo, quisiera ser comida para saciarte el hambre».

Uno, dos... tres días y el fuego apagado; ¿para qué encenderlo? Yo iba donde la Chepita Centeno, donde doña Blanca, a la casa de mis tías y me sentaba en el quicio de la puerta para ver si se les ocurría enviarme a hacer algún mandado y ganarme mi cincito. Cuando lo conseguía, regresaba a mi casa feliz y con aires de Colón el 12 de Octubre de 1492. Desde la puerta impaciente atalayaba mi hermana.

Un día me estuve en el quicio hasta

Un día me hallé un susto

—Envío del autor—



Madera de Amigheiti

que dieron las doce: no lloraba el chiquito para llegar a mecerlo, ni se ofrecieron mandados, ni hubo que barrer el patio, como ayer, ni nada. Oí el ruido de los tenedores y de las cucharas en la mesa, el de los taburetes cuando se estaban levantando los comilones y, finalmente, el alboroto que hacía la sirvienta lavando los trastos. Entonces descon-

Adán Guevara

Heredia. 1931.

solado y con hambre desesperanzada (que es lo peor), me fui; con las manos entre las bolsas, caminando despacio, pensaba: «no, hoy no hago sufrir a mi mamá; al entrar le diré: ya comí, me gané un cinco y como tenía mucha hambre, compré una empanadilla y... perdoneme, mamá, que no se lo traje. Ella, natural, me va a perdonar y a buscar comida para uno menos. Yo pasaré de paso y allá, en el fondo del solar esperaré, con toda la fe que me permita el estómago, a que Dios me tire un bollo de pan.» Yo había oído decir que la fe mueve montañas y con la lógica inocente pensaba: «es claro que me lo tira; ¿cómo va a ser más fácil para Dios hacer un terremoto que tirarme un bollo de pan?...» Cuando, en eso ¡Jesús me valga! en el suelo al alcanee de mis manos, regalándome, había un billete de a veinticinco céntimos, así de tamañote como un periódico! Lo junté y lo besé... que va! lo mordí.

(Si el dueño me lo hubiese pedido en ese momento, caigo redondito, muerto definitivamente).

Una bala no pudo ir en menos tiempo que yo a mi casa; cuando llegué, me fue imposible decir palabra; tiré el tesoro en las piernas de mamá, sobre la recién nacida que mamaba sangre, y me fui derecho, no al solar, sino a la cama y allí, oculta en la chamarra mi cabeza, abrazado a mi mamá y a mis hermanas, lloramos juntos un buen rato